

su periódico *Le Conservateur*, la caída de Décazes diciendo: «Su pié ha resbalado en la sangre (del duque de Berry).» Vencedores el de Artois y su partido, tuvieron el talento de no precipitar las cosas. En lugar de Talleyrand, que todavía contaba con ser llamado esta vez para formar el nuevo ministerio, lo fué de nuevo Richelieu, el cual constituyó el gabinete con hombres del centro derecho, si bien despues de haberse resistido mucho tiempo y haber apelado el rey á su patriotismo, lo mismo que Artois, que le aseguró su apoyo y el de su partido.

Este fué el principio de la gran reaccion realista que dominó en Francia siete años, hasta fines de 1827.

NAPOLÉ

Desde España y Francia comunicóse la chispa revolucionaria á Italia, donde prendió por lo pronto en Nápoles, y eso que estaba este país en una situación incomparablemente mejor que España, tanto que el reino de Nápoles, desde 1815 y bajo el gobierno benigno de Medici, hombre de escasos alcances, podía pasar por uno de los países mas contentos y tranquilos de la península apenínica. La semejanza política de España y Nápoles consistía en que en ambos países eran las revoluciones obra de sociedades secretas que tenían sus adeptos, principalmente, en el ejército, por la inactividad á que se veían reducidos un gran número de oficiales, en la edad mas robusta, despues de una vida activa y llena de gloria militar en el período napoleónico. Los recuerdos de este período, la ambición no satisfecha y la pérdida repentina de toda esperanza de medro les hicieron fácilmente accesibles á las instigaciones secretas de los agentes revolucionarios. A esto se agregó el descontento que causó el concordato de 1818, que restableció el poder eclesiástico en toda su extensión y que era una especie de apagador repentino del naciente movimiento literario y científico. En este estado llegó la noticia de la sublevación de Riego en España y del asesinato del duque de Berry en París, y ambas noticias hicieron estallar la mina, dispuesta desde mucho tiempo. El 2 de julio de 1820 se alzaron en Nola los dos tenientes Morelli y Silvati, con la guarnición, y en poco tiempo siguió el pronunciamiento todo el ejército; cuatro días despues, en la noche del 6, pasaron algunos *carbonarios* al palacio real y pidieron en nombre del ejército, del pueblo y de su sociedad secreta, una constitución, dando dos horas de tiempo. El rey Fernando, espantado, creyó eludir el peligro y el compromiso nombrando, con el pretexto de su avanzada edad y sus achaques, regente interino á su hijo el duque de Calabria, para que este, y no él, concediera y jurara la constitución española del año 1812, pero no le valió el subterfugio y tuvo que jurar también, lo mismo que su hijo. Entonces añadió el rey á la fórmula prescrita, de su libre impulso esto: «Si miento, que Dios dirija sus rayos de venganza sobre mi cabeza.» El 9 de julio hizo su entrada triunfal en la capital el general Pepe á la cabeza de las tropas, en medio de las aclamaciones del pueblo, entusiasmado por una victoria tan instantánea conseguida sin verter una sola gota de sangre. Por lo demás, probablemente nadie sabía á la sazón en toda la ciudad una palabra de la constitución española del año 1812, lo cual prueba claramente que aquella revolución no era la explosión de un pueblo cansado de ser tiranizado sino la obra de una conspiración. Los conspiradores victoriosos no encontraron en sus filas un solo individuo capaz de ponerse á la cabeza del nuevo ministerio y tuvieron que recurrir para esto á los partidarios del ex-rey Murat.

El suceso tuvo eco en la isla de Sicilia. Palermo se sublevó, pero el populacho desencadenado manchó la revolución

con sus excesos y fué menester enviar á la isla á Florestan Pepe, hermano de Guillermo Pepe, con 9,500 hombres para salvarla de la anarquía. El mismo gobierno provisional que bajo la presidencia del príncipe de Villafranca se había formado en Palermo, procedió contra los planes de los carbonarios de Nápoles, proclamando la autonomía de la isla, conservando solamente la unión personal con el reino de Nápoles. Florestan fué relevado por haberse mostrado demasiado condescendiente con los sicilianos y en su lugar nombrado un gobernador militar general con poderes dictatoriales y fuerzas suficientes para tener la isla en la obediencia; pero esto debilitó las fuerzas del continente cuando mas se necesitaban, como veremos mas adelante.

CAPITULO III

LOS CONGRESOS DE TROPPAU Y LAIBACH

El espíritu revolucionario no había muerto, como lo probaban con harta evidencia los sucesos; si en Alemania quedó completamente extinguido, no fué así en otros países: en España había triunfado del rey legítimo y de su corte, y lo que ocurría en Francia parecía á los espantadizos como un preludio de un nuevo cambio general, con la añadidura de que esta vez conovería hasta el edificio político de Inglaterra, creído hasta entonces inmutable. En efecto, por entonces ocurrieron en Inglaterra las primeras demostraciones radicales de los obreros, y aunque por lo pronto solo tomó parte en ellas un número reducido de hombres, no tardaron en complicarse estas manifestaciones con el atentado contra la vida de los ministros, cometido por un tal Thistlewood. Todas estas circunstancias confirmaron al czar Alejandro en su idea de que era indispensable dar mayor ensanche á la Santa Alianza y en realidad trasformarla en una asociación de seguros mútuos para garantizar la integridad y el régimen interior de todos los estados de Europa, con la reserva, sin embargo, de que él sería el director de esta sociedad y nadie mas. Respecto de Francia, procuró establecer pactos y compromisos para proteger los derechos del heredero legítimo del trono cuando éste quedara vacante con la muerte de Luis XVIII, y con fecha de 3 de marzo de 1820 invitó á sus aliados á ponerse de acuerdo, por medio de sus embajadores en París, sobre la adopción de medidas colectivas contra la revolución española. En estas empresas como en los proyectos anteriores se disolvieron en humo las bellas teorías de la Santa Alianza tan luego como se trató de reducir las á la práctica; porque Metternich no tenía la menor intención de contribuir al aumento de la influencia rusa en la Europa occidental. En cuanto á la intervención armada en España, que forzosamente había de encargarse á la Francia, encontró peligrosísimo poner este último país, tan fuertemente excitado por las luchas de partido, en contacto con la revolución española. Idéntico modo de ver prevaleció en Berlín respecto de España, y para el ministerio tory inglés, que por lo demás estaba perfectamente de acuerdo con las potencias aliadas sobre los principios de la Santa Alianza, añádase á esta consideración otra mucho mas grave, porque habiendo sostenido la Gran Bretaña por espacio de mas de un siglo guerras sangrientísimas para suplantar la influencia francesa en la corte de Madrid, ningún hombre de Estado inglés se atrevía á contribuir á que volviera á entronizarse la influencia francesa en la corte de España. El mismo gobierno francés, que sabía perfectamente cuánto satisfaría á los ultra-realistas y reaccionarios el ponerse á la cabeza de una cruzada monárquico-europea contra la revolución española, tenía mas interés en vigilar y apaciguar las pasiones y

luchas de partido en el interior, que embarcarse en una aventura costosa en el extranjero. Por esto la proposición del czar Alejandro no encontró aceptación en ninguna parte.

Entonces fué cuando estalló la revolución en Nápoles, que cogió á Metternich completamente de sorpresa. El embajador austriaco en aquella corte había creído mas en la noticia de una revolución en la luna que en la de un movimiento en el reino napolitano. El representante de Nápoles en Viena, el príncipe Ruffo, acababa de asegurar al emperador que la sola palabra constitución causaba convulsiones á su soberano el rey Fernando I, y á la sazón resultaba que este último había jurado la constitución y que en su capital celebraba sus sesiones un parlamento, foco de contagio para el resto de Italia é incompatible con la tranquilidad del reino lombardo-veneto. La probabilidad de una consolidación del régimen representativo en Nápoles, por la influencia y buena voluntad de los *carbonarios*, que procuraban evitar toda anarquía, era para Metternich un motivo de grande intranquilidad. El rey Fernando, por su parte, que públicamente no cesaba de encarecer su amor á la constitución, impetró en secreto el auxilio del Austria contra sus súbditos, y por boca de su embajador cerca de la Santa Sede protestó de cuanto había tenido que hacer á la fuerza y de lo que hiciera en adelante. Viendo el peligro tan cerca y tan imponente, cambió Metternich de rumbo. Acababa de rechazar con notable frialdad la proposición rusa de organizar una intervención común en España, pero en vista de la revolución napolitana, removió todas las cortes para obtener su aprobación y concurso para una intervención austriaca en Italia, haciendo ver que lo que allí sucedía era una nueva manifestación de la revolución general europea que se estaba fraguando y que á no atajarla se extendería irremisiblemente á todos los países, por lo cual el Austria estaba decidida á no reparar en los medios para sofocarla. Todos los gabinetes rechazaron la propuesta, á excepción del inglés, presidido por Castlereagh, que se mostró de acuerdo con ella, bajo la condición de que el Austria diese garantías de que no trataría de aumentar su territorio, y de que el gobierno inglés quedase fuera de todo compromiso que pudiera ponerle en mal lugar ante el parlamento de su país. Los gobiernos de Francia y Rusia, que condenaban lo sucedido en Nápoles tan sinceramente como el de Austria, pero que no querían, como tampoco habían querido antes, entregar toda la Italia á la influencia y dominación austriacas, rechazaron de acuerdo con los demás soberanos italianos, sin exceptuar al papa y al rey de Cerdeña, la idea de ocupar las plazas de Alejandría, Civita-Vecchia y Ancona para evitar la propagación de la revolución. En cambio Luis XVIII, como jefe de la familia de Borbon, como el primer soberano que había otorgado á su pueblo una constitución, y en conformidad con lo pactado en Aquisgran, hizo valer su derecho de convocar un congreso internacional que se encargara de restablecer el orden en Nápoles, reemplazando allí la constitución española por otra mas moderna, imitada de la inglesa ó de la francesa. El emperador Alejandro accedió sin titubear (1) á esta proposición, que era el mejor medio, no solamente de impedir por de pronto la intervención armada del Austria en Italia, sino también de destruir para siempre el poder austriaco en la península. Sin embargo, no sucedió así por la intemperancia del partido mas avanzado, cuyos excesos é

(1) En una carta privada dirigida á Gentz, desahogó Metternich el descontento que le causaba el comportamiento del czar diciendo: «Mientras los agentes rusos (alude á Kotzebue) son asesinados en Alemania *propter obscuritatem*, otros agentes rusos presiden en Italia los conciliábulos de los carbonarios. ¡Pronto se harán cesar estas abominaciones!»—*Papeles póstumos de Metternich*, tomo III, pág. 228.

imprudencias fueron los aliados mas eficaces de Metternich. El parlamento de Nápoles, en el cual dominaban los carbonarios, contestó á todas las proposiciones de arreglo: «La constitución española ó la muerte.»

El canciller austriaco hizo proponer al czar por medio del astuto diplomático Lebzeltern, que en lugar del congreso proyectado se celebrara una entrevista entre los dos emperadores; pero el czar se empeñó en la celebración de un congreso general de soberanos y de ministros, que efectivamente se reunió en Troppau, ciudad de la Silesia austriaca, y estuvo reunido desde el 23 de octubre hasta el 24 de diciembre.

A pesar de esto, consiguió el gobierno de Austria su objeto, porque las potencias que en el congreso tomaron una actitud resuelta y decisiva fueron únicamente la Rusia y el Austria; el rey de Prusia, único soberano que además de los dos citados asistió personalmente al congreso, se mostró, como siempre, callado y sin iniciativa; Castlereagh, que á pesar de sus principios ultra-moderados había empezado á cobrar miedo á la actividad siniestra de Metternich, envió al congreso como representante mudo de su gobierno á su hermano lord Stewart, y la Francia estaba representada por los señores Caraman y La Ferronaye, que con su comportamiento contradictorio, que reflejaba las corrientes encontradas de su país, paralizaron la influencia que habría podido ejercer su gobierno en el congreso. Los dos emperadores pudieron, pues, resolver en nombre de todos lo que tuvieron por conveniente; y así Gentz, secretario del congreso, escribió á su confidente Pilat: «Rusia y Austria son todavía potencias de primer orden.» De acuerdo en principio, solo disintieron en los medios de realizar su objeto. Metternich pretendía para el Austria el derecho exclusivo de intervenir con las armas en Italia, con el apoyo puramente moral del resto de Europa, para que el rey de Nápoles, libre ya de la presión de su pueblo, pudiese reorganizar su gobierno á su gusto, bien que conforme al tratado secreto de 12 de junio de 1815, que en esta ocasión fué mencionado por primera vez. El czar Alejandro, aconsejado por Capodistria, pidió una intervención europea colectiva y el empleo de medios conciliadores antes de emplear la fuerza bruta, entendiendo por conciliación el establecimiento de instituciones liberales en Nápoles, con el concurso del rey y del pueblo. No costó mucho trabajo á Metternich desvanecer este escrúpulo, porque además de ser un último resto de las fantasías liberales del czar, se hallaba este todavía impresionado por la oposición desenfadada y las escenas tumultuosas que acababa de presenciar en el parlamento de Varsovia. Allí habían sido rechazados por inmensa mayoría cuantos proyectos de ley el gobierno había propuesto, y no contento con esto, el parlamento amontonó quejas sobre quejas contra los ministros y contra todos los funcionarios del gobierno, á los cuales dirigió los mas violentos ataques. A estos disgustos se habían añadido las noticias del levantamiento de Oporto y de la sedición de un regimiento de su guardia imperial en San Petersburgo, ocurrida el 29 de setiembre, sedición por lo demás sin ninguna tendencia política y provocada únicamente por el rigor inhumano y caprichoso del comandante de aquel cuerpo. Todo esto lo supo aprovechar Metternich hábilmente para inutilizar los consejos de Capodistria y presentar cada suceso como un síntoma de la revolución latente y general europea. También cuidó, poniendo en juego toda su elocuencia, de hacer presente al autócrata ruso, tan accesible á la lisonja, los deberes de su misión elevada de salvar la Europa de las garras del jacobinismo, fingiendo artemente someterse á la inteligencia superior del emperador y aceptando su deseo de una intervención colectiva y de intentar primero una avenencia amistosa entre el rey de Nápoles y su